

DESLUMBRAMIENTOS A PARTIR DE UNAS LANGOSTAS

RAÚL VALLEJO

—“Me han pedido 61 entrevistas en las últimas 48 horas” —comentó García Márquez mientras transcurría aquella fresca tarde de diciembre de 1985, y los comensales platicábamos de libros, de esto y lo otro, y devorábamos algunas langostas cubanas recién sacadas de la parrilla. Tuve que bajarme casi un vaso de cerveza *Atuey* para que me pasara el trozo de langosta atorado en la garganta seca después de escuchar su frase.

Yo era entonces un audaz escritor y periodista de 26 años que comía con un apetito de adolescencia prolongada. Había sido invitado al II Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de Nuestros Pueblos y la jefa de la revista en donde trabajaba —*Vistazo*, la más importante de Ecuador— me dio permiso para el viaje a La Habana con la condición de que regresara con una entrevista al Premio Nobel que, dicho sea de paso, yo había asegurado que estaba prácticamente concedida. El adverbio me sostendría la vida al regresar a Guayaquil si la entrevista fracasaba.

Una fascinante mujer llamada Trini Pérez, de la que los escritores solían enamorarse sin que ella diera más motivo que la cautivante amabilidad de sus iluminados ojos, conocía de mis tribulaciones laborales. Como alta funcionaria de Casa de las Américas tuvo la generosa idea de colocarme en un grupo de trabajo donde estábamos Frei Betto, Chico Buarque, Eduardo Galeano, Roberto Fernández Retamar, Osvaldo Soriano, García Márquez y yo. Me sentí como la canción-acertijo de Plaza Sésamo: “Hay una cosa que no pertenece a este lugar”. El problema para mí era que desde el comienzo del encuentro, García Márquez, que acudía a las sesiones cuando el grupo ya había empezado a trabajar y se retiraba discretamente antes de que concluyera, se quejaba sin remedio de esa desmesura cotidiana que viene junto a la fama: “Cada vez que camino por los corredores hay alguien que quiere hacerme una entrevista”.

Luego de oír la frase sobre el número de entrevistas sentí que era la descortesía más deplorable del Caribe el que yo arruinara un almuerzo de langostas con alguna impertinencia; después de todo, habíamos pasado algunos

días trabajando juntos en la redacción del manifiesto final del encuentro y me daba vergüenza romper ese clima de confianza. Me movía en una paradoja terrible pues entre más cerca estaba del escritor que tenía que entrevistar, más lejana era la posibilidad de hacerlo sin que pareciera un abuso de confianza.

Pero el tiempo de mi estadía en la isla se acababa y me veía sin trabajo por esas calles de mi ciudad “donde los chivos se suicidaban de desolación cuando soplaban el viento de la desgracia”. Además yo estaba con varias *Atuey* adentro, había hecho una apología sibarita sobre la langosta cubana celebrada ruidosamente por los comensales y Osvaldo Soriano, que durante esa semana llena de sobresaltos me asesoró acerca de la manera de abordar a García Márquez para que me concediera la entrevista, me golpeó sin disimulo en el hombro para que me decidiese a hablar:

—Pues con mi pedido serán 62. —Lo solté de golpe y sin los preámbulos que había repasado frente al espejo de mi habitación del Hotel Riviera y me sentí igual que José Arcadio Buendía cuando anunció a sus hijos que la tierra era redonda como una naranja, “temblando de fiebre, devastado por la prolongada vigilia y por el encono de la imaginación”.

Afortunadamente, García Márquez y Mercedes Barcha, los anfitriones de aquella mesa de cuatro personas, tuvieron a bien reírse de lo que yo había dicho. A lo mejor vieron en mi azoramiento el destello de “los ojos marítimos y solitarios” de aquellos que, como Ulises, el de padre holandés, se extrañan por San Miguel del Desierto. Soriano me tranquilizó con un guiño cómplice y me miró con el mismo asombro con el que lo había hecho cuando, días atrás, le pedí que firmara mi ejemplar de la edición cubana de *Triste, solitario y final*. Mercedes me ofreció otro pedazo de langosta y García Márquez habló dirigiéndose a Soriano y a mí:

—Las entrevistas son otra forma de la literatura —dijo la frase como una sentencia parecida a la que pronunció Ángela Vicario “cuando el juez instructor le preguntó con su estilo lateral si sabía quién era el difunto Santiago Nasar” y “ella le contestó impasible: Fue mi autor”. Saboreó con los ojos cerrados un bocado de langosta y cuando hubo terminado con él, añadió—: Los periodistas siempre me preguntan lo mismo: sobre la paz mundial, que por qué soy amigo de Fidel y Belisario, que qué significa el color amarillo en mi vida, que no se qué vainas más... y todos quieren tener la exclusiva —bebió media copa de vino blanco y terminó la idea con una nueva sentencia—: es preferible inventarlo todo.

Mas yo no quería entrevistarle para hablar de los mismos temas de siempre cuyas respuestas básicas, por otra parte, ya están en *El olor de la guayaba*, el libro de conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza; yo quería entrevistarle acerca de los deslumbramientos que provocaban algunos episodios de sus novelas. García Márquez, por su lado, no quería hablar de otra cosa que

no fuera sobre *El amor en los tiempos del cólera*, la novela que el 4 de diciembre acababa de ser presentada en Bogotá.

Como se dio cuenta del laberinto laboral en el que yo estaba atrapado, me propuso la amistosa salida de que yo lo entrevistaría únicamente si leía la novela para el siguiente día y que si no alcanzaba a hacerlo, entonces tenía libertad para asumir en toda su extensión la fórmula que había expuesto. Dado que no existía un solo ejemplar de la novela a mi disposición en la ciudad, la propuesta me dejó la misma sensación que la del cuento "La mujer que llegaba a las seis", cuando a la mujer se le ocurre pedir otro cuarto de hora a José, el hombre detrás del mostrador. Trescientos ejemplares viajaban por los cielos del Caribe y las burocracias aduaneras del capitalismo y del socialismo dejaron que los cajones se extraviaran y que los libros llegasen a La Habana justo cuando los últimos invitados al Encuentro regresábamos a nuestros países. Cuando tomaba el avión de regreso a mi país, el martes 10, yo, que esperé como asunto de vida o muerte la llegada de los libros, me identifiqué en seguida con la angustia de Pietro Crespi que regresó a Macondo "a barrer las cenizas de la fiesta, después de haber reventado cinco caballos en el camino tratando de estar a tiempo para su boda".

Me imagino que todo esto tenía que ver, tal como una maldición gitana, con ese aspecto siniestro de la fama contra el que tanto se queja García Márquez. En aquellos días, copié del *Granma* una parte de su discurso durante la inauguración del Encuentro en el que contó que "un Premio Nobel de Literatura asegura haber recibido en lo que va del año casi dos mil invitaciones a congresos de escritores, festivales de arte, coloquios, seminarios de toda índole: más de tres diarios en sitios dispersos del mundo entero. Hay un congreso institucional con frecuencia constante y con todos los gastos pagados, cuyas reuniones se suceden cada año en treinta y un lugares distintos, algunos tan apetecibles como Roma o Adelaida, o tan sorprendentes como Stavanger o Yverdon, o en algunos que más bien parecen desafíos de crucigramas, como Polyphénix o Knokke. Son tantos, en fin, y sobre tantos y tan variados temas, que el año pasado se celebró en el castillo de Mouiden, en Amsterdam, un congreso mundial de organizadores de congresos de poesía".

Me consolé del extravío de los cajones con los libros cuando por fin pude leer *El amor en los tiempos del cólera* el martes 31 de diciembre de 1985, en la playa de Salinas. Fue una galopante lectura de día completo que terminó una hora antes de que empezaran los fuegos pirotécnicos con los que la gente del balneario celebra el Año Nuevo. Tiempo después, en alguna parte que no recuerdo, leí una declaración de García Márquez en la que decía, con su maníática manera de entreverar ciertos paradigmas de la crítica literaria, que *El amor en los tiempos del cólera* era su mejor novela y aquella por la que sería recordado. No coincido con aquella opinión pero de lo que sí estoy seguro es

que esta novela desparrama una enorme sabiduría, respunteada de manera original sobre la base de un oficio controlado hasta en sus mínimos detalles, sobre el eterno tema del amor erótico, que se resume en la enseñanza de Florentino a la viuda de Nazaret: “nada de lo que se haga en la cama es inmoral si contribuye a perpetuar el amor” o en lo que aprende Florentino de su experiencia con Ángeles Alfaro: “que se puede estar enamorado de varias personas a la vez, y de todas con el mismo dolor, sin traicionar a ninguna”. Cuando llegué a la parte en que América Vicuña toma la iniciativa del amor y arrincona a Florentino Ariza, de tal manera que “lo fue llevando de la mano hasta la cama como a un pobre ciego de la calle, y lo descuartizó presa por presa con una ternura maligna, le echó sal a su gusto, pimienta de olor, un diente de ajo, cebolla picada, el jugo de un limón, una hoja de laurel, hasta que lo tuvo sazonado en la fuente y el horno listo a la temperatura justa”, me acordé de las langostas, aunque éstas eran a la parrilla.

A las cinco de la tarde, de aquel domingo 8 de diciembre, después del opíparo almuerzo, los comensales llegamos al Hotel Riviera y lo que sucedió fue como en esas películas de guiones obvios donde los encuentros casuales con algo o con alguien remarcaban los deseos y temores de los protagonistas. No bien habíamos entrado al *lobby* del hotel, García Márquez fue abordado por un periodista del *Clarín* de Buenos Aires que le espetó sin preámbulo de ningún tipo y con la cancha de los porteños sus ganas de entrevistarle, en exclusiva, *che*. García Márquez negó con algo de fastidio tal posibilidad pero en seguida recuperó su sentido caribeño del humor y le dijo:

—Mira, estas dos personas también son periodistas —Soriano y yo nos miramos y sonreímos como si fuésemos cofrades de alguna secta secreta y antigua— y andan conmigo porque les he hecho prometer que no habrá ninguna entrevista.

¡Qué puedo decir! Nunca más he vuelto a estar cerca de García Márquez ni creo que él se acuerde de este episodio perdido en el laberinto sin fin de sus azarosos episodios de vida huyéndole a las entrevistas exclusivas. Yo, en cambio, aún conservo conmigo el glorioso sabor de las langostas, la serena hospitalidad de Mercedes Barcha, la discreta complicidad epistolar que mantuvimos con Osvaldo Soriano hasta su muerte y la edición de Casa de las Américas de *Crónica de una muerte anunciada*, con el autógrafo de su autor: *Para Raúl, del patriarca. Gabriel, 85.*

Por supuesto que me hubiera gustado preguntarle por qué razón se identificó al escribir el autógrafo con el dictador más triste de la literatura, aquel personaje de *El otoño del patriarca*, de quien dice uno de los narradores de la novela, que es “el anciano más antiguo de la tierra, el más temible, el más aborrecido y el menos compadecido de la patria”. También le hubiera preguntado sobre el final de estilo y sentido simbólico paralelo aunque de reso-

lución anecdótica opuesta de *El coronel no tiene quien le escriba*: “El coronel necesitó setenta y cinco años —los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto— para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder: —Mierda”, y de *El amor en los tiempos del cólera*: “Florentino Ariza tenía la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches: —Toda la vida —dijo”.

Finalmente, no pude entrevistar a García Márquez. Hube de inventarlo todo.

FERNANDO R. LAURENT

Se preguntaba Juan Gustavo Cobo Borda, tras la lectura de *Viento para recordar* (2002): ¿cómo escribir memorias después de semejantes novelas? Cuestiona sus personajes, con toda la carga autobiográfica que puedan acarrear, y nos vuelve seres de entre casa y parte de su propia familia para lectores del mundo entero, como persuade que el celebre demingo Gabriel García Márquez vuelva a quitárnoslos y los rederezca a lo que son en verdad: su propia familia. Lo cierto es que las memorias de un escritor son sus obras, no su vida. Son las historias conocidas que vuelven de otra manera. En las primeras ha volcado la luz y la sombra, los huecos y las epifanías, el sueño y la razón, el olvido y el asombro; en la segunda, por lo general, el escritor se contenta en escribirlo, notario de una agenda antológica de encuentros y recuerdos. Las biografías pueden ser fascinantes, pero sin el misterio de la creación literaria, mera agenda. La memoria es otra cosa. La del escritor retiene lo que sucedió y lo que tal vez sucediera.

De ahí la pregunta de Cobo Borda, por que toda la proverbial geografía humana de García Márquez vienes aquí la mirada del lector, le eleva sobre la niebla del tiempo y traza, en cada página, la cartografía secreta de una larga epifanía. Alguien que vive la literatura con más intensidad que la propia vida. García Márquez de la impresión de que no solo ha vivido, sino que ha bebido también la pasión de azúbar: vive la memoria, recree la memoria, cuela la memoria hasta que en esos horizontes de penumbra en que se convierte el tiempo apenas una línea de sombra, alcanza a distinguir los territorios. Lo vivido, lo soñado, lo creído. Ya lo había advertido Dasio Saldívar, el más rotundo biógrafo de García Márquez en *El viaje a la senilidad* (1997), cuando señaló que las memorias son un género de ficción. La melancolía, sin nostalgia; el derrumbe del tiempo con ironía. Solo *Los pasos vacilantes* de Corpus Barga merece una mención, al menos como ejercicio semejante en la literatura española del siglo XX, y antes que los dos, la minuciosa memoria de Benal Díaz del Castillo.